
EL INTELLECTUAL EN LA IGLESIA

Jacques Perret ⁽¹⁾

Hemos venido para procurar distinguir un poco más claramente lo que debemos ser en la Iglesia y para la Iglesia. Como todos los cristianos en una situación similar, de vuelta sobre sí, debemos examinar los riesgos que bordeamos y en los que alguna vez hemos caído. Después, procuraremos detectar lo que quizá dejamos de hacer y nos hubiera ayudado a hacer mejor lo que hemos hecho mal o no tan bien como hubiera sido posible.

ALGUNAS DIFICULTADES

Un poco de vanidad

Imagino que, como todo cristiano en la sociedad actual, el intelectual tiene la sensación de pertenecer a dos mundos. El de la Iglesia, donde, junto con sus hermanos, implora la ayuda del Todopoderoso, y el del «mundo», donde ejerce su profesión codo con codo con sus colegas. También, como todo cristiano, trata de acercar un poco ambos mundos. Desearía sentirse menos desplazado cuando pasa de uno a otro; desearía que ambos mundos estuvieran más en contacto y hubiera más intercambios y acuerdo entre ellos. Por desgracia, como todo cristiano, está, por lo general, más orgulloso de su competencia profesional que de su pertenencia a la Iglesia; igual que es más competente en su trabajo que dispuesto en lo que atañe a la Iglesia. Apenas si damos a la Iglesia las sobras de nuestra vida, la limosna de algunos ratos de ocio, siendo así que ella

⁽¹⁾ Jacques Perret, amigo de Légaut durante los años 20, fue, junto con él, el alma de los grupo Tala. Fue catedrático de latín en La Sorbona, y una autoridad en Virgilio. Ver, sobre Perret, en este *Cuaderno*, la Presentación del mismo y el escrito de Étienne Borne; y en el *Cuaderno de la diáspora* 16, las págs. 198-220.

debería estar en el centro y ser el honor de nuestra vida. Creemos honrarla por sólo pertenecer a ella pero, de hecho, la juzgamos como no nos atreveríamos a juzgar ninguna sociedad a la que hemos elegido pertenecer.

No es sólo un error nuestro. Sin embargo, el intelectual está expuesto a unas ilusiones y menosprecios más peligrosos por serlo. Un mecánico, un campesino, un químico pueden tener muy buena opinión de sí mismos y de su competencia en su oficio pero el objetivo principal de la vida cristiana es tan distinto que esta buena opinión de sí no hace que se sientan más en el interior de la Iglesia. En definitiva, para ellos, con más o menos fe, es normal situarse donde el publicano, al fondo del templo. El intelectual –ya sea, aficionado o profesionalmente, psicólogo, sociólogo, historiador o filósofo– constata, por el contrario, que toda teología implica una antropología, que toda aplicación del mandamiento del amor supone una representación de los lazos que pueden unir a los hombres, una apreciación de las situaciones sociales. Todo esto –piensa– es propio de su especialidad precisamente. Como además suele tener muy buena opinión de sí mismo, y como, por lo general, es además anticlerical (por no pertenecer al clero o por preferir que su pertenencia al mismo no se tenga en cuenta), tiene, tanto en historia como en sociología, poca estima por la «ciencia de los curas», y piensa, normalmente, en reemplazarla con la suya, es decir, con las opiniones recibidas del entorno en el que ejerce su profesión.

Todo está mezclado en el corazón del hombre. Junto a la suficiencia, está, casi siempre, el deseo de servir a la Iglesia, de aportarle luz, de sacarla de los atolladeros en donde se mete, de trabajar para el *aggiornamento* de «esos pobres tipos». Piensa, además, que, si la Iglesia se pusiera al día, sería más fácil que los medios intelectuales le escuchasen. Embajador de la Iglesia ante el mundo; misionero de la Iglesia en el mundo, ¡qué bonito programa! Sin embargo, por lo regular, el embajador habla más alto que el misionero, y es el mundo quien, a menudo por su medio, gana a la Iglesia, y no al revés. ¿No es un poco inquietante esto?

Un poco de inconsciencia

El error está en haber ignorado que la búsqueda de la verdad –tarea principal del intelectual– no puede hacerse, en la Iglesia, con los mismos métodos y al mismo ritmo que en el mundo. Primero, porque la Iglesia tiene otras fuentes de conocimiento (la Revelación, la presencia sensible del Espíritu Santo). Claro que no recurrirá al Espíritu Santo para añadir algunos decimales a un logaritmo, o para fijar el año del nacimiento de César, o para saber si las judías crecen mejor al sol o a la sombra. Sin embargo, a la hora de saber en qué consiste el ejercicio natural de la sexualidad humana, o a qué nivel se arraiga, en el hombre, el sentido de la obligación moral, o cuáles son las posibilidades humanas de éxito en una sociedad a la que sólo interesan las ganancias, o en qué consiste la muerte, está claro que la Iglesia no piensa que los economistas, los psicólogos o los biólogos sean los únicos que tienen algo que decir. El Espíritu Santo también tiene algo que decir y lo dice. Aunque mucho más difícil de oír que la voz altisonante de los sabios pagados de sí mismos, es suficientemente audible en cada época como para mantenernos en alerta, y como para ser claro, neto e imposible de ignorar a la larga, mientras el tumulto de las doctrinas renace sin cesar.

Además, en el mundo, el trabajo, aun cuando se hace en equipo, es producto de individualidades poderosas, fuertemente especializadas y muchas veces ciegas –¿quién osaría reprochárselo?– a lo que no les incumbe; e indiferentes además, por lo general, a lo que se derive de sus descubrimientos; a cómo se comprendan o se exploren éstos. En la Iglesia, en cambio, todo resuena en todo; todo debe progresar y moverse en conjunto; cualquier desgarró, cualquier ruptura pone en compromiso lo esencial. Todo, en conjunto, forma un cuerpo. *Jerusalem, quae aedificatur ut civitas* (Jerusalén, construida cual ciudad)... La «ciencia de los curas» va quizá más despacio y llega menos lejos en todas las épocas. Sin embargo, el intelectual que es además hombre de Iglesia atiende, normalmente, a más cosas que sus homólogos universitarios. En especial, es imposible para él

olvidar a sus hermanos, a los que está unido. De hecho, no hay progreso de la Iglesia que no alcance a todos sus miembros, gracias, sobre todo, a la predicación. Por contraste, la cultura de este mundo tiende, sin cesar, a ahondar el foso entre los que saben y aquellos a los que se entretiene.

El intelectual que no es bastante de Iglesia se siente incómodo en este organismo donde todo resuena. Su impresión es la de estar en una sala cerrada donde cada uno responde de su voz. Tiene ganas de gesticular, de gritar. Como Galileo, tan contento por saber que la tierra da vueltas, que comienza a dar golpes en el suelo con el pie. Sus jueces, ciertamente, no tienen tanta seguridad como él. Sobre todo, no piensan que sea tan urgente la noticia como para que haya que arriesgarse a hacer tanto ruido; piensan en toda la buena gente que podría –sin gran beneficio– sentirse desconcertada y quizá dudar de si la Iglesia dice la verdad o no. Sí, hubieran preferido que Galileo hubiera hablado un poco más bajo. Antes, el intelectual cristiano sobreestimaba vanidosamente su función en la Iglesia; ahora, no mide sino que, por así decir, minimiza la responsabilidad que tiene.

Mucha inexperiencia

El intelectual cristiano no ignora que debe llegar a ser verdaderamente competente en su terreno científico; incluso supongo que habrá adquirido conocimientos teológicos serios acerca de lo que atañe a su ámbito. Desgraciadamente, no siempre habrá pensado en una formación más personal, interior, sin la que, sin embargo, nunca podrá responder del todo a su vocación.

¿Ha comprendido cómo la inteligencia puede aproximarse a las realidades de la fe? Tanto si practica las ciencias humanas como las naturales, está acostumbrado a avanzar paso a paso, partiendo de la consideración de detalles aparentemente insignificantes. Se reúnen todos; se reordenan; en cada momento se puede saber dónde está; se puede verificar; y la conclusión se saca al final, como una integración

de toda la experiencia anterior. Pero, en el orden de la fe, es casi al contrario: hay que empezar por el final, inmenso, inasequible; y no se trata de sacar conclusiones sobre su realidad porque no hay duda de ésta; sino que se trata de comprender algo de lo que, bajo una multitud de perspectivas, se refleja; pues así es como se deja captar.

¿Se familiarizó también, nuestro intelectual, con las técnicas en las que la contemplación y el asentimiento son prioritarios? Saber recogerse ante una realidad misteriosa, significada por una fórmula oscura. Implorar ardientemente a Aquél que se expresa en esa realidad y que, más o menos, es quien autoriza la fórmula. Escuchar, con gran respeto y enorme reconocimiento, a los hombres –sus hermanos– que hablan de esa realidad como si hubieran vislumbrado algo incluso cuando sus palabras parecen ininteligibles o inadecuadas al principio, por lo que él alcanza a comprender. Desechar la hipótesis de que estos hombres están totalmente equivocados o que nos abren, sin ellos sospecharlo, a unas experiencias ajenas a lo que pretenden. Tratar, entonces, de volcar la propia mente en enunciados y recorridos propuestos por otros y ante los que, por eso mismo, uno se siente torpe siempre. Abrir todas las sintonías posibles, del alma de uno, a estas voces al principio extrañas. Entregarse.

Hacer esto no significa cambiar la búsqueda intelectual por otra cosa. Ciertamente, la inteligencia es la que está en búsqueda. Pues, además de un fruto propiamente espiritual –su mejor fruto sin duda aunque en su mayor parte sea indecible–, esta actividad desembocará en el fin normal del trabajo intelectual, es decir, en la formulación de pensamientos nuevos, susceptibles de ser revividos, aceptados, criticados y sobrepasados por otros. El intelectual cristiano sabe trabajar de esta manera, como Pascal o como el P. Teilhard.

Si se ignoran estos procedimientos –sin duda convenientes y honorosos para el hombre, y parece que eminentemente apropiados para las realidades que la fe alcanza–, o si se tiene una idea tan estrecha de la vida intelectual que se rechazan o se dejan de lado sin haber considerado nunca su empleo, ¿cómo asombrarse de que, por más cristiano,

virtuoso y bautizado que sea, se quede fuera en tanto que intelectual? Tales son los peligros que bordeamos, y, lógicamente, pertenecer al clero no es razón suficiente para sentir que se está a salvo.

ALGUNAS DECISIONES

Hubo un tiempo en que era oportuno aconsejar al intelectual cristiano que hiciese su búsqueda «con toda fidelidad»; lo cual equivalía –cosa extraña– a que lo hiciera «como si no fuera cristiano», es decir, que fuese competente en su especialidad y que nunca dirigiera sus conclusiones en un sentido que pudiera parecer convergente con la enseñanza de la Iglesia. Sobre todo, nada de «concordismo». Podía, e incluso debía, dejar su fe en el vestíbulo del laboratorio pues se le animaba a ello.

Hoy no creo que estas recomendaciones sean ya demasiado útiles. Me pongo en el caso de que lo que estas recomendaciones pudieran tener de razonable –o más incluso– está ya adquirido; y nuestro intelectual, en el caso de ser francés, se orienta hacia una cátedra en una Universidad o en un Instituto, según su especialidad. Está bien dentro del sistema por lo tanto. Sin embargo, como imagino que también quiere avanzar en el plano espiritual, orar a partir de su ciencia, incorporar lo conseguido por su esfuerzo a la humanidad de Cristo, y servir a la Iglesia, pues comprende que gente como él pueden llegar a ser en la Iglesia; todo ello le sugerirá algunas decisiones y un programa un tanto diferentes de las recomendaciones antes mencionadas.

Vivir con nuestros hermanos de ahora

Sería deseable, en mi opinión, que nuestro intelectual no frecuentase sólo intelectuales. Esto le supondría cierto esfuerzo por su parte pues las sociedades tienden a fragmentarse en sectores definidos, en grupos reducidos, donde gusta estar entre semejantes. Nadie duda de que esto facilita las cosas, según se mire. Sin embargo, también tiene un

precio, pues las facilidades son superficiales y la pérdida, profunda. La tendencia es antigua pues, ya en la Iglesia primitiva, los cristianos provenientes del judaísmo preferían celebrar la eucaristía entre ellos y excluir a los otros, que venían del paganismo y que eran libres de organizar sus propias eucaristías. Algunos cristianos se llevaban la eucaristía para consumirla en pequeños grupos, entre amigos. Sabemos qué pensaba san Pablo de esto: «¿acaso Cristo está dividido?» Desde el punto de vista cristiano, nada sería más asfixiante y más mortífero para alguien, que encerrarse entre quienes comparten una misma opinión. Y más aún lo sería para un intelectual, ya de por sí dado a vivir entre «problemas» y a «imaginarse» a los hombres en lugar de encontrarse realmente con ellos.

La fidelidad obstinada del pueblo cristiano sigue manteniendo el marco de la parroquia casi en todas partes; marco que, según algunos, es ya anacrónico. Sin embargo, salvadas las diferencias, ¿por qué es más anacrónica la parroquia que el ayuntamiento o que el dispensario? La parroquia, antaño, parece ser que era, a veces, exclusivista; por algo se hablaba del «espíritu de campanario». Actualmente, en cambio, es «donde van todos». El intelectual debe participar ahí: en los círculos de formación, donde se mira de profundizar en la Escritura; en las obras de solidaridad con los ancianos, los inmigrantes, los discapacitados, los «sin techo»; o en los comités donde se preparan las liturgias dominicales y algunas veces la homilía.

Ahí empezará por descubrir qué poco conoce el «mundo» (que sólo conoce por las elaboraciones de otros intelectuales y no por lo que es la gente), así como qué excesiva es su pretensión de ser su representante, la persona indicada para darlo a conocer en la Iglesia. Ahí podrá formarse una idea concreta de qué puede ser él en medio de todos y cómo puede contribuir a una acción común que debe partir de las preocupaciones y de la forma de razonar que hay. Aprenderá a hablar con sencillez; y, gracias a la “distancia” que todo esto le procura, quizá aprenda mucho también sobre el objeto de sus estudios, pues podrá distinguir mejor lo que verdaderamente importa y lo que sólo es un refinamiento sutil, deleite sólo de especialistas. En una de nuestras

grandes ciudades universitarias, un profesor de facultad es pastor de una de las parroquias de los barrios de la periferia. Espero que su parroquia no pierda mucho por ser él profesor. En cambio, seguro que el hecho de ser pastor favorece a lo que él pueda aportar, profesional e intelectualmente, tanto en la Iglesia como quizá a todos los hombres.

Vivir con nuestros hermanos de todos los tiempos

Uno de los defectos más característicos de nuestra época es la obsesión por la novedad; es consecuencia de las técnicas desarrolladas en una sociedad en la que hay que renovar rápidamente coches, frigoríficos, manuales de estudio y doctrinas. Es verdad que siempre ha habido gente que piensa que es mejor comprar en el establecimiento que anuncia «cambio de dueño». Pero hoy se suman a ello los teóricos: ¿no es cierto acaso que, entre 1850 y 1950, se han hecho diez veces más descubrimientos fundamentales que desde el comienzo de la humanidad; y que, entre 1950 y 1970, se han hecho cien veces más que en los cien años anteriores? Uno se pregunta, entonces, cuál es el papel de la pobre Iglesia, que arrastra tras de sí el concilio de Trento y el de Calcedonia, el misterio de las tres personas y el de las dos naturalezas en una de ellas, y que, cuando todo va mal, se sienta en la cuneta para rebuscar en su equipaje viejas parábolas, viejas confesiones de fe o una cruz a la que se queda contemplando largamente.

Es difícil que el intelectual no se contagie. Todo lo empuja a querer estar a la última, en la vanguardia, a creer que nunca antes se ha dicho ni hecho nada más verdadero e importante que lo que él podría llegar a decir con un poco de suerte. Ciertamente, la franja de mar que rompe y salta al abordaje de la orilla es bien bonita, es la punta extrema, la vanguardia. Pero, ¿qué sería de ella si no estuviesen para sostenerla, las grandes olas, las inmensas corrientes y los fondos inalcanzables del océano? Querida Iglesia, tú eres nuestra memoria, tú eres quien nos hace ser.

Ya que el intelectual suele ser hombre de libros y de apertura, me gustaría que, como cristiano, conociera mejor este tesoro de expe-

riencias. Vale que tenga que ser, en la Iglesia, el embajador de las últimas novedades del conocimiento. Pero, ¿por qué no puede ser él también el explorador de los grandes fondos; quien sabe comprender y revivir, con sensibilidad y mentalidad modernas, lo que antaño pensaron y vivieron nuestros hermanos, hombres de otros tiempos? Nos parece a veces tan extraño todo este pasado; tan poco asimilable; como falsas respuestas a falsos problemas, o como ejercicios abstractos en el marco de una cosmología ilusoria. Sin embargo, lejos de enorgullecernos de este sentimiento, como si permanecer ajeno a todo lo del pasado fuera signo de progreso, deberíamos lamentarnos porque, se mire como se mire, significa que el pensamiento y la oración de los hermanos de veinte siglos se perdió para nosotros.

Al haber perdido el camino que nos podría llevar hasta ellos, ¿quién puede resignarse a esta pérdida sin faltar a la caridad? Además, así perdemos una oportunidad más de progreso y de liberación. Los poderes del hombre son limitados y breves. Raro sería que las conquistas de nuestra época no acaparasen nuestra atención y no nos hiciesen un tanto cautivos suyos, y no se cobrasen, como rescate, extender una sombra creciente sobre sectores donde de hecho ya no se mira o donde se finge que ya no hay nada más por ver. Sin embargo, Cristo estaba muy cerca. Habremos perdido, pues, algo de Cristo, que habló a estos hombres en un lenguaje que luego ellos trataron, como pudieron, de transmitirnos, y que nosotros ya no entendemos. Porque, ¿quién leerá a los santos padres, a los doctores, a san Ireneo, Anselmo o Bernardo; quién les prestará su voz y los acercará, si no lo hacemos los intelectuales cristianos? ¿Pensamos acaso en ello?

ORAR

La especialización, por su propia naturaleza, tiende a llevarnos a búsquedas cada vez más particulares y más reducidas. ¿Es una servidumbre inevitable; es el precio que se debe pagar si se quiere trabajar en una obra colectiva? No lo sé. Pero incluso el filósofo que quiere pro-

gresar y avanzar es, casi siempre, persona de un solo sistema, de una sola idea. ¿Qué clase de hombre es el especialista?

Claro que también solemos ser padres de familia o profesores ante un auditorio de jóvenes. Algunos mezclan, más o menos bien, estas briznas de experiencia. Otros, para vivir más tranquilos, compartimentan su vida. Hipertrofiados por un lado, infradesarrollados por otro, inexistentes más allá, somos seres fragmentados. ¿Quién nos dará la vida única de la que todo fluye; vida lo bastante rica como para dar vida, igual que la sangre, que fluye por todos los miembros pero emana de un solo corazón? Todo intelectual se asemeja a un equilibrista que lleva hasta el extremo las posibilidades de su acrobacia. ¿Dónde poder encontrar la serenidad, la fuerza tranquila, la apertura a todos con espíritu de acogida, la sencillez que da la felicidad de encontrarse entre hermanos?

Un cristiano no puede dudar. No se trata sólo de imaginar una vida higiénica, una gimnasia complementaria que nos asegure mejores reflejos. Hace falta que obre en nosotros el que es el Hombre; aquél que si puede habitar en nosotros es porque es Dios, porque no hay límite ni distancia que trabe o extenúe la interioridad de su presencia. Sus disposiciones y estados de alma durante su vida entre nosotros, la mirada que dirigió al pasado y al porvenir, a sus más allegados, a su Padre; todo esto permanece, resucitado para siempre, accesible (pues lo vivido por un hombre puede comunicarse a otros) y extraordinariamente eficaz por haberlo vivido él en plenitud.

Pidámosle que plante su tienda entre nosotros; que alimente y oriente nuestros deseos. A él, que es de todos los tiempos, pidámosle que nos arranque de las insignificancias y conformismos del nuestro. A uno lo llamará para que le siga en la aventura, como hizo con Pedro. A otro lo dejará en su despacho, como Zaqueo. Al otro, medio muerto ya, lo pondrá de nuevo en pie, para unos años más de servicio. A cada uno le dará una vida.

Consolidados y unificados por él, cada uno en su vocación, hay una petición que seguro que le haremos con especial interés: «descú-

brenos el misterio del Padre». Vivimos en un mundo en el que no nos atrevemos a invocarle. Al lado de algunos, que aún rezan en secreto, escucho sobre todo las amonestaciones severas de los doctores que nos advierten: ¿estáis seguros de dirigir a Dios las oraciones que hacéis, y no a un viejo ídolo heredado, a un fantasma nacido de los vapores de vuestra sangre? ¿Pretendéis saber quién es Dios? No es el que pensáis.

Entonces, con el corazón contrito, el alma inquieta, conscientes de nuestra debilidad, de nuestra ignorancia, de nuestra impureza, pensamos en ti, Jesús. Este Padre invisible e inaccesible, tú lo conocías; en ti estuvo, en esta tierra nuestra: conocido y adorado por una criatura de nuestra raza. Te daba a conocer su voluntad y tú le asegurabas la tuya. Un día, le pediste que apartara de ti el cáliz y aun así tú lo aceptaste. A menudo le pediste que te glorificara y él mismo se glorificaba en ti. Te respondió; te hablaba. Sí, lo conocías bien; igual como conocías a tus discípulos y tus discípulos te conocían a ti. Esta plegaria, de comunicación indecible y segura, tú la quieres continuar en nosotros. Prolóngala ahora en nosotros. Penetra nuestros ojos de tu mirada, ábrelos a la contemplación de este Padre que nos ama, que quiere que lo conozcamos como él nos conoce. Ojalá muy pronto podamos volver a decir las palabras que el evangelista puso en tu boca: «Te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido tus misterios a los sabios y a los prudentes, y los has revelado a los pequeños».

Intelectuales; siempre que nos atrevemos a declararnos tales, no lo hacemos sin un deje de timidez y de autoironía. Y, cuando nos llaman así, nunca nos sentimos del todo seguros. Pero tenemos una labor que cumplir, como todo el mundo. La Iglesia nos considera sus hijos; ¡ojalá nuestro esfuerzo común y nuestra buena voluntad no la decepcionen!